

DIRECTOR-PROPIETARIO
= CESAR HUERTA =
REDACCION Y ADMINISTRACION
Calderón de la Barca, 12 y 13
Teléfono núm. 59

EL MUNDO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Capital, en mes 50 cts. Provincias, un año 7 pts.
Girando a cargo del suscriptor, 8 pts. año.

Fuera de la capital no se admiten
suscripciones más que por años.

ANUNCIOS SEGUN TARIFA
PAGO ADELANTADO

AÑO III

SE PUBLICA TODOS LOS MIERCOLES

Núm. 101

LAS RESPONSABILIDADES

El silencio, cómplice

La nación tiene la terrible experiencia de sus descalabros anteriores. Perdió florecientes territorios, vio destruidos marciales contingentes de hombres, orgullo y esperanza del país, vio desgarrarse en jirones el honor nacional, quebrantado y maltrecho bajo el puño enemigo.

No vio señalar ante la vindicta pública a un responsable, a los responsables de la catástrofe, ni que la menor sanción fuese impuesta a nadie.

Una y otra vez sucedió lo propio. Daba la nación sus recursos que unos directores de cotarro empleaban a su sabor. Sobreventa la catástrofe. Nunca sobre tal director se alzó la voz serena de un fiscal, ni una autoridad o un prestigio salió castigado por sus faltas. Siempre fue la culpa de la fatalidad. Los mismos que organizaron el desastre siguieron ostentando sus prerrogativas y fueros. Los mismos que dirigieron la derrota siguieron llevando en sus lucientes trajes, galones y preseas. Ni un mal ministro, ni un mal general quedaba anegado en el torbellino de cieno y de dolor.

El torbellino de cieno y de dolor ahogaba al pueblo y por encima de su ojeaje negro seguían flotando las mismas cabezas estúpidas, las mismas testas corrompidas e inmorales que habían intervenido todo el proceso de la desdicha nacional.

Todos previsores, probos y apóstoles. Todos esforzados, valientes, beneméritos... La nación había perdido una cantidad enorme de tierras y había visto lacerada y destrozada la carne de sus hijos. ¿No había ningún culpable!

Unos meses bastaban para que los rojos de la vergüenza volvieran a ser cubiertos por los amarillos del desfalcamiento— que a esto iban quedando reducidos la sangre y el oro de los colores nacionales— y otra vez, luego, volvían a pedirse al país sacrificios y esfuerzos en nombre del patriotismo. ¿Santo patriotismo que tenía rabadanes para esquilarse y ordeñar las ovejas, a su albedrío, pero nunca para rendir cuentas de la leche y la lana puesta en sus manos! ¡Ni aún de la existencia del rebaño!

El chin-chin patriótico y el dedo en los labios eran el velo que cubría las faltas y los delitos de lesa patria. Se hablaba de héroes, para que no se hablase de delincuentes. Se alzaban estatuas a los sacrificados pero no se forjaban cadenas e inhabilitaciones para los verdugos y los ineptos. ¿No los había! La derrota se había incubado sola! No. Era que se hufa de depurar responsabilidades por no remover la charca pestilente.

El país tiene esta tremenda experiencia de sus malandanzas anteriores. Y ve que no llevan trazas de enmienda.

El mismo dedo hipócrita le demanda hoy serenidad y silencio; el mismo patriotismo de liviandades administrativas le pide que ahogue ahora sus demandas de verdad y justicia. Y otra vez se recorre el ciclo conocido: El desastre de horror y vergüenza, el manto encubridor de responsabilidades y castigos, el silencio patriótico, la promulgación de heroicidades y gestos de gestas y la demanda de nuevos sacrificios en hombres y dinero.

Pero nada de los victimarios de tanto holocausto; nada de los ineptos y de los cobardes que acarrearón la malaventura, nada de los que organizaron y dirigieron el desastre. Quieren que este quede

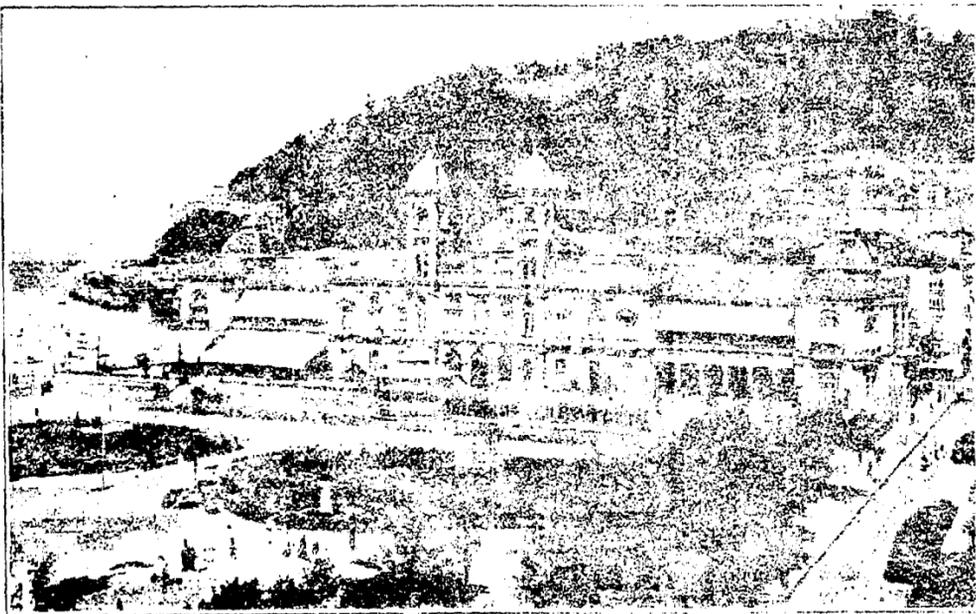
también en inevitable y fatal. ¿No hay culpable alguno! Pero el tiempo es otro. Y los pueblos se hacen sabios por la desgracia. El pueblo español ha sufrido con entereza heroica. Hay alguien que pueda negar esta patente heroicidad.—la catástrofe sufrida, el dolor que ha desgarrado sus entrañas. Y apresta su vida y su alma para remediarlo. Mas no quiere que quede impune el mal causado, como señal y

promesa segura de que no se ha de repetir ya en lo futuro de nuestra historia.

El descalabro ha tenido unos organizadores y unos directores. Veinticinco mil hombres lanzados a su exterminio, toda una extensa organización minada para su derribamiento en un instante, no caen sino por la maldad o la inepticia de los que mandaban y administraban. Los ministros que desatendieron las necesidades de aquel

ejército, los caudillos o los sota caudillos que no estuvieron a la altura de su misión trascendental, quienes los enviaron o los mantuvieron en puecos que no podían avanzar con su esfuerzo o su luz. Esos culpables son los que esperan ver señaladas la conciencia popular. Esa verdad y esa justicia es la que se le debe al país, heroico ante la adversidad.

Y ese es el verdadero patriotismo generador de mejores días.



GRAN FABRICA DE SAN JUAN DE LOS RIOS

AÑO NUEVO

En el viejo almanaque está el año y en la vieja iglesia en las doce invocaciones del pasado año, evocaciones líricas de antaño. De la vida bajamos un pedacito hacia la muerte. Del humano roce aquí venida tan palmatoria de cómo solo vivo nos queda el desengaño. Aunque vamos tristes, solitario por el piélago va con sus dolores cada cual por distinto itinerario, atento a los sollozos interiores que a cada cual aranea el egoísmo al ir a esbozar el ancla en el abismo.

LA VOZ DEL PAISAJE

Algo quietud, un silencio. Tiembla el río en el vapor de una neblina opaca y aplacada en la sierra el ensordecido, cual prominente osario, se destaca. En la pradera, de un verdor sombrío, la tristeza oronda rumba una viera, y un perro, hecho un protector de raza, duradita en el umbral de una barraca. ¿Aquí que calma a mis angustias baila el viento en las ramas del follaje aquí siempre, allá paca un caballo, y suena en medio de esta paz salvaje el canto melancólico del gallito, ¡ponno si hubiera en sueños el paisaje!

VOCES DEL ALMA

Recibe este recuerdo de mi amistad primera en el van los días del triste pocho mío. En el huerto un beso la riente primavera y en el viento mis ojos de lágrimas un río. ¿Quién que en tu pecho durmieran mis cantos, cual dormían en el mío mis amigos apures ¡pudiera ser pavleta para cruzar los mares y en un pteito la mano mostrar mis dolores! No extrañaría nada que lloré la postea pensando las tradiciones de un hogar de duelo no extrañaría en sus labios repetir la sonata si alguna vez consigue soñar con su ideal.

COMENTARIOS FELICIDADES

Hemos entrado en uno año nuevo, lectores, por la puerta luminosa de un claro día de sol. El año que se fue envuelto en neblinas, lo hizo con pesadumbre y dolor. Entre el pasado y el presente, la realidad se nos ofrece con aromas vitales de optimismo. El corazón, eterno poeta de los sueños, puede gozar, en las lejanías doradas, una proyección de sus ambiciones de ventura. Sacudamos el lastre de pesar, de inquietud y de amargura, que el curso de los días deposita en el fondo de nuestras almas. Es necesario para caminar con agilidad y fe y para dejar sitio a nuevos sinsabores. Nuestra vida no podremos renovar, que es un fruto de nuestra invariable naturaleza; pero sí renovar las ilusiones, que son una segunda naturaleza. Recuerde el alma dormida... nos aconseja el clásico. Recordar! No. Ya recordaremos en las horas tristes. Lo que importa es despertar, seguir adelante, meterse el sol en las entrañas. Despierte el alma dormida... Eso sí. Que entren a raudales en nosotros la esperanza y la alegría. Pensemos en la salud, en la fortuna, en el amor. Lectores, que el año nuevo cobije vuestras ambiciones. Felicidades.

Tirada de EL MUNDO 1.000 ejemplares.

CRONICAS DE IMPRESIÓN Mi amigo el austriaco

No conocía a Frank desde mucho antes de la guerra. Le veía, a unas tardes, en la cervecería de la plaza de Santa Ana, de Madrid. Reuníase siempre con franceses y españoles. Haba de los alemanes. Era alegre, fino y espiritual. Leía libros de arte. No faltaba a ninguna exposición. Y hablaba el castellano con rara elegancia. En julio de 1914 se despidió de mí. Estaba sombrio. —Me han llamado allá— dijo—. Dentro de unos días, probablemente, estaré peleando con los montañeses serbios, gente dura, brava, salvaje y cruel. ¡Es terrible!... Era terrible, pero se marchó. Algunas veces, durante la gran guerra, me acordé de Frank. ¿Qué habría sido de él? ¿Sucumbió en Serbia? ¿Le hicieron prisionero los rusos en Galitzia?

El otro día en plena calle de Alcalá oí que me llamaban. Me volví. Un individuo de aspecto extranjero, alto, alto; magro, magro, de ojos hundidos y ilácidas mejillas, me hacía señas con la mano. Me acerqué muy sorprendido. —No se acuerda usted de mí? Soy Frank. Frank el austriaco, el que iba, antes de la guerra, al Ateneo y a la plaza de Santa Ana. Estoy muy cambiado. Parece que ha

pasado un siglo! Y no transcurrieron más que siete años.

Le miré atónito. Sí. Era Frank, un Frank triste, grave, desengañado, un Frank anguloso y algo sarcástico.

—¿De dónde viene usted...?

—He llegado hoy mañana de Viena.

—¿Estuvo usted prisionero? —Sí. De los serbios... Fui a Serbia con Potiorak... Coparon mi batación cuando la retiraron. Me llevaron a Krugujevatz. Luego, pasado mucho tiempo, me libertaron los alemanes. Cae que me dejarían tranquilo, pero después de una breve licencia me enviaron a Italia. Llegué con mi regimiento hasta el Piave. Y por último, vino el derrumbamiento. Y me fui a Viena, con los míos.

—¿Y cómo se vive en Viena...? —Muy bien y muy mal. Es aquella una sociedad extraña. Unos miles de ahortados gozan y dilapidan. ¿Qué trajes los de las mujeres que pasean al oscurecer en la Raentnerstrasse! ¿Qué orgías las del Parisien, el Tabarin y el Moulin Rouge! Corre el champagne a ríos, mientras algunas parejas bailan. Se cena pantagruélicamente. ¿Qué precios!... El plato más vulgar cuesta doscientas cincuenta o trescientas coronas... Bien es verdad que la mayoría de los que se divierten son extranjeros. Viena, para ellos, es el paraíso. Un franco vale 200 coronas. Un dólar 3.000. Una libra esterlina 11.000.

—¿Y los austriacos?

—Una minoría triunfa también. Es la que negocia con Alemania, con Italia y con Suiza... Pero la inmensa mayoría de la población se muere materialmente de hambre. La otra tarde, los arrabales volcaron a sus miserables pobres sobre los lujosos barrios del centro. Fueron saqueadas centenares de tiendas. Las pérdidas sufridas por el comercio ascienden a 2.000 millones. Después del saqueo, como es lógico, la vida encareció más aún... Un huevo sale por 40 coronas, un kilo de carne de vaca por 400, un kilo de manteca por 1.200, un terno de hombre, mal confeccionado, de tela inferior, por 40.000. El Estado ha aumentado a los funcionarios el sueldo en diez veces; vende, perdiendo un cincuenta por ciento, pan, carbon, patatas, azúcar... ¿Y qué consigue? Nada. El déficit de la Hacienda austriaca será, en los seis últimos meses del año actual, de 25.000 millones de coronas. ¡Un horror!... ¿Y no hay manera de organizarse con indicación la nueva Austria? —No hay manera, no. La nueva Austria es hidrocefala. Una cabeza monstruosa, Viena. Unas provincias pequeñas y pobres. ¿Cómo van a alimentar tres millones y medio de agricultores tírolenses y salzburguenses a dos millones y medio de vieneses? Es imposible. Considere usted que antes de la paz, Hungría enviaba a la Baja Austria trigos y trigo, Moravia y Sillesia, carbon. Hoy, Hungría es independiente, Moravia checa, Sillesia checa y polaca. Y todavía no concluyeron nuestras penalizaciones. Se nos habían quitado los ricos territorios agrícolas del Burgenland. Era nuestros, según el Tratado del Trianon. Ahora ha intervenido Italia, y también se nos va a dejar sin ellos... —Pero la Sociedad de las Naciones tiene un plan de socorro de Austria. —Sí. Tiene un plan. Un plan que no se realizará nunca, a juzgar por las señas. Y los austriacos nos preguntamos: «Si los aliados vencedores permitieron que viviese una pequeña nación en torno de Viena y la prohíben que se una a otra más poderosa, ¿por qué no la ayudan con eficacia? Viena se muere! En el corazón de Europa, un gran capital, de gloriosa historia, flor delicada de la civilización, agoniza. Los motivos últimos son las postizas convulsiones del moribundo, que lucha de esperanza con la muerte implacable... Y Frank sollozo. Luego miró en torno suyo, secóse los ojos húmedos con el pañuelo y dijo: —¿Qué bien están ustedes aquí en España... Me he informado ya... ¡Un pavo grande, cinco euros!... En Viena, un ave similar costaría mil coronas... Hay que renunciar allí a tales espaldaderos... Mi tío Stanislas tiene una renta de un millón de coronas al año. La Hacienda se queda con el 60 por 100. Un millón de coronas equivale a unos mil euros... Le restan a mi pobre tío algo así como treinta euros al mes... ¡Es millonario!... Así es que se alimentan con harina y patatas... Volvió a mirar en torno suyo. —¡Felices ustedes! sí— concluyó suspirando— Un kilo de pan setenta y cinco céntimos... Una docena de huevos cuatro pesetas... Un periódico diez céntimos... Como yo vengo del infierno austriaco, todo esto me parece absurdo... FABIÁN VIAL

Rogamos a los que reciban EL MUNDO y no estén conformes con la suscripción, se sirvan devolver el periódico a su procedencia.